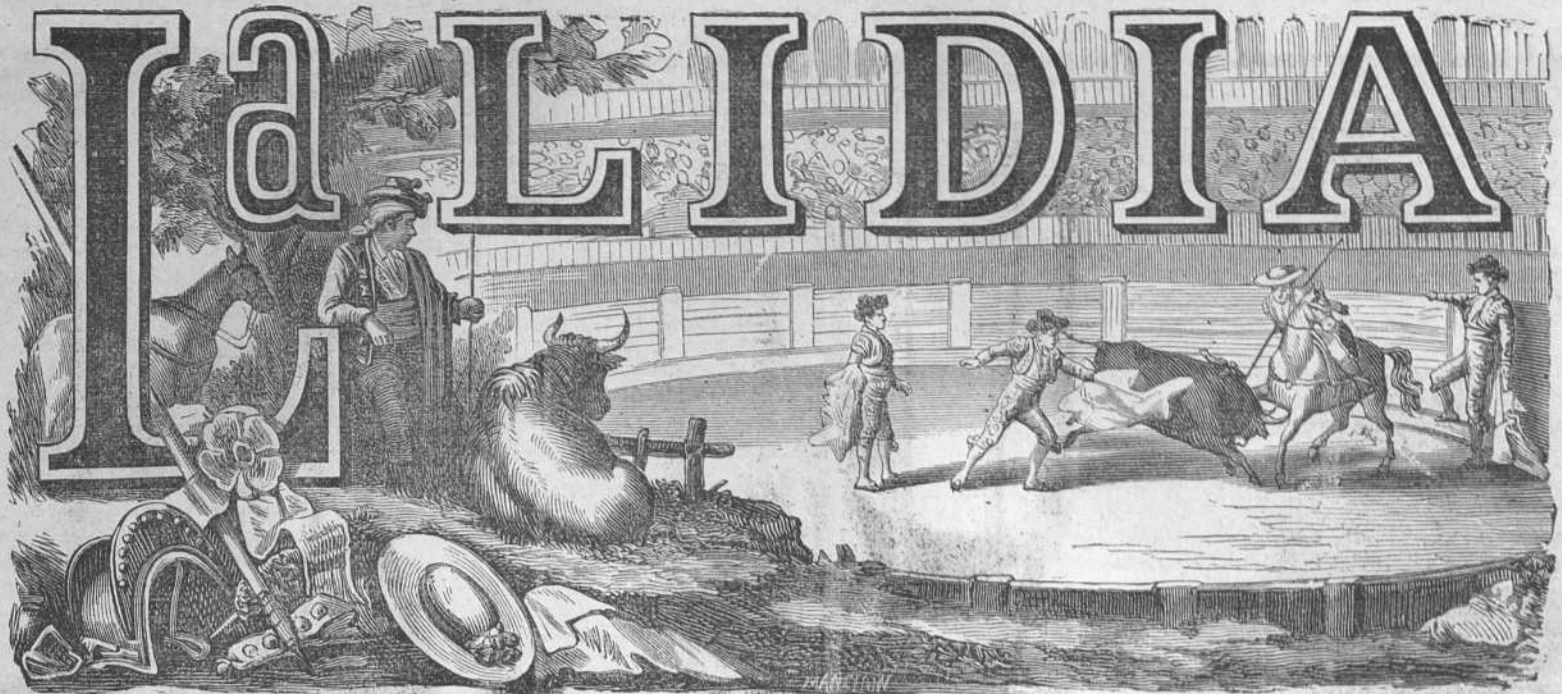


NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
Paquete de 25 números ordinarios, pe-
setas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

A los Taurófilos, por Francisco Asenjo Barbieri.—La Vocación—
Rectificación.—Revista de Toros (4.ª corrida de abono).

Á LOS TAURÓFILOS.

(LO DIGO EN GRIEGO PARA MAYOR CLARIDAD.)

Sr. D. Luis Carmena y Millán.

MI QUERIDO AMIGO: Que me pusiera V. en el duro trance de escribir un prólogo á su excelente *Crónica de la ópera italiana en Madrid*, pase; porque, al fin y al cabo, músico soy y de música se trataba; pero que ahora quiera V. lidiarme, ó sea méterme en LA LIDIA, con mis doce lustros á cuestas y sin pelo bastante para atarme la moña, no se lo perdono. ¿Piensa V. acaso que soy otro Pablito, el cual, teniendo más años que la luna, todavía pone cada par de banderillas que da el opio?... Pues no, señor; porque si bien es cierto que yo en mis buenos tiempos fui un banderillero regularcillo, nunca puse en el redondel otro par que el de mis ojos, y esto desde la altura de la meseta del toril, aquella encantadora meseta de la Plaza vieja, donde se sentaban Joaquín Marraci, el cura Palacios, el relojero Plaza, el ropero D. Guillermo y otros grandes aficionados, que llevaban la batuta en materias de crítica taurina, hasta un punto tal, que el mismo Sr. Montes, el *Chiclanero*, *Cúcharas* y otros maestros no se desdaban de consultarlos en los lances más dudosos ó controvertidos.

¡Qué tiempos aquellos!... Le aseguro á V. que la tal meseta era digna de ser historiada por un Tito Livio torero; porque, no hay que hacerse ilusiones, mucho valen los buenos lidiadores, pero valen menos cuando el toro no es bastante bravo, ó, sobre todo, cuando el público es sosaino y falto de inteligencia. Estoy seguro de que el Sr. Salvador, aunque las parisienses le pongan el cuerpo como nuevo á fuerza de llamarle *charmant*, *ravissant* y *DÉSOPILANT!*, no ha de torear allí (si á torear llega) tan á su gusto como en cualquier Plaza de España, donde, si por casualidad tiene la desgracia de dar una baja, ó en hueso, le digan *¡á la cárcel, so morral!* y otros requiebros por el estilo, aunque momentos antes le hayan dado una de palmas como un terremoto y le hayan llenado el redondel de cigarros, sombreros y pañuelos de Manila.

Este es el público, el verdadero público de los toros, el cual ejerce una poderosísima influencia en la lidia. Y siendo así, ¿qué razón hay para que no se escriba su historia, como se escribe la de las ganaderías y la de los lidiadores?...

No crea V. por esto, amigo Carmena, que yo trate de meterme á ser tal historiador, pues me faltan plumas para volar tan alto; pero si hubiera algún Neira, que tomase el asunto á su cargo, ya vería V.

entonces, qué tipos tan interesantes se hallaban entre los taurófilos de redondel para fuera.

Sin salirnos de la referida meseta del toril, veríamos en primer término al que por su inteligencia torera y por el sitio en que se sentaba, figuraba en primera línea. ¿Quién, que cuente algunos años de vida en Madrid, no ha conocido personalmente á D. Joaquín Marraci y Soto, el perejil de todas las salsas, el paño de todas las lágrimas y, en una palabra, el hombre *ómnibus*, cuya vida y costumbres fueron dibujadas por el Sr. Mayo en un pliego de aleyunas?...

Menos conocido de la generación presente, pero no menos digno de ser biografiado, es el cura Palacios, íntimo amigo y compañero del maestro Montes. Cuéntase de este cura que, como sacerdote, cumplía muy bien con su sagrado ministerio, pero que en cuanto se quitaba la sotana, se transformaba en un hombre de acerado temple, capaz de tenerse las tiasas con el *Corredero* ó con cualquiera otro bravo de entre-barreras ó de redondel. Hé aquí una prueba de su valor:

Vivía Palacios en el desmantelado exconvento de Recoletos, cuando aquellos alrededores estaban tan despoblados y faltos de luz, que quien después del toque de oraciones se atrevía á pasar sin compañía más allá de la Cibeles, tenía que ir confesado. Cierta noche en tal sitio asaltaron á Palacios dos ladrones, pidiéndole, navaja en mano, el dinero que llevase. Palacios, con mucha calma y mansedumbre, y metiéndose las manos en los bolsillos, les dice: «Guardad esos alfileres, que voy á dároslo todo por la buena;» y, en efecto, saca una bolsa de torzal bien repleta, la tira al suelo, y al propio tiempo, con gran rapidez, se arroja la capa al brazo izquierdo, abre una navaja de muelles, que sonaba como una carraca, se pone en guardia y dice: «Ahí tenéis la bolsa; ahora el que sea hombre que la coja.» Pero los ladrones, acosados por el cura, huyeron sin atreverse á tocarla.

Esta y otras anécdotas por el estilo, atribuidas á Palacios, no parecerán extrañas á quien recuerde que Francisco Montes era un verdadero valiente, tanto delante de la fiera cuanto enfrente de cualquier hombre, y que siendo su íntimo amigo y compañero de aventuras el indicado presbítero, no podía éste ser un gallina. En cuanto á lo taurófilo tampoco hay nada que extrañar en el susodicho cura, porque viene de muy antiguo el entusiasmo que las gentes de iglesia han sentido y sienten por las fiestas de toros; de lo cual, si Dios me da salud, he de presentar al público muchas pruebas irrecusables.

Volviendo ahora á mi tema, repito que siendo el público un factor importantísimo de las fiestas de toros, deberían pasar á la historia las biografías de aquellos sugetos más distinguidos por su amor, constancia, entusiasmo, inteligencia ó monomanía como espectadores, puesto que á ellos se debe no sólo la alegría y animación de la fiesta, sino la literatura de

ella. Repase V., amigo Carmena, su excelente *Bibliografía de la Tauromaquia* y verá V. que las obras de los diestros, como José Delgado ó Francisco Montes, están en una insignificante minoría respecto á las de los grandes aficionados, á quienes se deben la historia, la crítica y toda la sal y pimienta literarias de nuestro espectáculo *cornamental*.

Yo no he sido nunca más que un aficionadillo de tres al cuarto, y, sin embargo, voy ahora á largar un capote á la historia del toreo.

Mi abuelo materno D. José Barbieri, aunque era natural de La Mirándola, se había españolizado tanto, que no faltaba á ninguna corrida de toros. De aquí y de la atracción que siempre han sentido los toreros hacia la gente de teatro y viceversa, resultó que mi abuelo y su consorte, la española Paulita Luengo, llegaron á hacerse íntimos amigos del viejo maestro *Costillares*, el cual se brindó con gran empeño á ser padrino de la criatura que mi abuela llevaba en su seno, con señales de darla á luz en un breve plazo.

Conforme iba avanzando el tiempo, más y más insistía *Costillares* en lo del padrinzago, añadiendo que la criatura se había de bautizar con todo lujo y ostentación, y que había de recibir en la pila el mismo nombre del padrino.

Aceptadas por mis abuelos tan generosas proposiciones, llega por fin el ansiado momento del parto y sale á luz una robusta y graciosa niña. Corre mi abuelo en busca de *Costillares*, le participa la venturosa nueva, y al pedirle instrucciones relativas á lo que se había de hacer, *Costillares* le contesta: «Don Jozé: Uzté lo dizpondrá á su guzto, en la inteligencia que yo quiero un bautizo de tóo lujo; pero como no entiendo de ezas cozas de igrezia ni de repoztería, uzté laz arregla, y, cuezten lo que cuezten, aquí eztoy yo pá pagarlo y santas pazcuas. Zolo me encargo de los coches pá dir á la igrezia.»

Con esta autorización, mi abuelo preparó todo lo necesario, y al día siguiente á la hora convenida se presentó *Costillares* vestido muy majo en un coche de las Reales Caballerizas (¡si tendría influencia el diestro!) para llevar la recién nacida á la parroquia de San Ginés, cuya pila estaba adornada con colgaduras y el órgano sonando su *trompeta magna*.

La niña recibió como primer nombre *el mismo de su padrino*. En el pórtico de la iglesia arrojó mi abuelo puñados de calderilla á los chicos que gritaban ¡bateo, bateo! Luego, en casa de la parida, calle de los Tintes, hubo gran piscolabis para todos los asistentes, que fueron muchos, en particular toreros convidados por el padrino; los cuales comieron y bebieron de lo fino con abundancia. En fin, la fiesta no dejó nada que desear.

Pero aquí entra la parte lastimosa, y es que las cuentas de la iglesia y de todo lo gastado tuvo al fin que pagarlas D. José Barbieri, porque á *Costillares* no hubo medio de sacarle un cuarto, después de haber sido tan rumboso de palabra.

Esta historia se la oí contar muchas veces á mi



